

VENECIA, ESE BARCO-CANGURO

La plaza de San Marcos, donde los venecianos se ponen a secar

LA TECNICA MODERNA ARROLLO A LOS FOTOGRAFOS Y NO AYUDA A LOS CARTEROS



El turista que va a Italia puede encontrar una joya del Renacimiento a la vuelta de cada esquina; en el plato, lo que encontrará siempre es una abundante ración de "spaghetti", que han de comerse con ese alarde de equilibrista que luce la señorita

En realidad, Venecia es sólo el barco más grande del mundo, un barco-canguro, con sus "vaporetos", sus motoras, sus barcazas y sus góndolas circulando sobre el líquido elemento de la cubierta.

—¡Oh las góndolas! — pensaba yo cuando tenía catorce años y estaba enamorada de uno de mis profesores del Instituto.

—Pues menos "¡Oh!", señorita — me ha dicho cruelmente la realidad de la vida ahora que ya no estoy enamorada de mi profesor del Instituto.

La realidad es que las góndolas tiran un poquito a feos, si hemos de ser sinceros. Las más modestas parecen atalides de tercera, y las más elegantonas, atalides de primera especial con dorados de lujo. Algunas de las góndolas doradas, barroquisimas y pomposas como una dama de honor de la Reina Isabel II, se conservan en los museos y salen al Gran Canal una vez al año, sin duda para que les dé el aire, aunque sea otro el pretexto.

—¿Y por qué no pintan las góndolas de colores? — dijo mi tía Petra a una dama veneciana.

—La ciudad ofreció pintarlas de negro si desaparecía la peste durante una de las terribles epidemias que azolaron a Italia — nos explicó.

TECNICAMENTE ARROLLADOS

La plaza de San Marcos es sin duda una de las más fotogénicas del mundo, circunstancia que aprovechan todos los visitantes para llevarse a la tertulia del lejano hogar un motivo de orgullo artístico. Cada minuto, cientos de máquinas abren su objetivo para alinear en su cámara de brujo medieval un segundo de esta babel en la que se mezclan armados con filipinos, sevillanos con

australianos, indios con daneses y venecianos con sicilianos. En este paraíso del seis por nueve, los fotógrafos ambulantes, arrollados por la técnica moderna, sufren el suplicio del hambre y la sed viendo disparar a su alrededor millares de fotografías mientras ellos apenas si consiguen estrenar su industria alguna mañana que una anciana vecina de Murano trae a Venecia al nietecillo natural de

Buenos Aires que ha venido a conocer a sus abuelos y va graciosamente vestido "a la italiana", con pantaloncillos muy cortos, tirantes tiroleses y un lazo de mariposa graciosamente torcido bajo la barbilla.

—Ven, te haremos una fotografía con las palomas para que la enseñes en tu país.

Y la escena entre el fotógrafo, las palomas, la vieja, el vendedor



Junto al muelle de los Esclavones se alza armonioso y bellissimo el Palacio del Dux; en sus galerías, las venecianas del Renacimiento tomaban el sol para teñirse de rubias, y hoy toman el sol las turistas para hacerse fotografías

de alpiste y el niño de Buenos Aires es a su vez fotografiada docenas de veces por los turistas a la caza de "tipó".

LOS PALACIOS VENECIANOS

Doscientos soberbios palacios se alinean todo a lo largo del Gran Canal, desde el puente de Rialto a San Marcos. Cada nombre evoca una leyenda, una bella mujer, un noble poeta, un músico glorioso. En el puente de Rialto tuvo su tienda el Shylock de Shakespeare; cerca del inolvidable Ca d'Oro asoma el fantasma de Desdemona; hasta las gentes más sencillas saben señalar el palacio de Otello, o el de Mocenigo, donde Byron amó a Teresa Guiccioli y escribió su Oda a Venecia y su Childe Harold.

Cuentan que cuarenta años después de la muerte de Byron preguntó por él un curioso viajero a un-gondolero.

—¡Ah, sí! Aquel inglés que tenía caballos y recibía unas palizas terribles de su amada.

Casi medio siglo después de su muerte todavía para las sencillas gentes de Venecia era el colmo del snobismo inglés tener caballos y dejarse pegar por una mujer.

ME PREOCUPA EL CARTERO

En Venecia se llama plaza, exclusivamente, a la de San Marcos; las otras se llaman campo, campiello o corte, según su tamaño; las calles tienen enrevesados nombres caprichosos y la numeración de las casas es un atentado contra los números ordinales. El cuatrocientos sesenta y dos es vecino del cincuenta y cuatro y del ochenta y seis; el mil novecientos cuarenta y seis vive codo con codo con el treinta y cuatro y el noventa y siete, de donde una de mis mayores preocupaciones la constituyen desde este verano los carteros de la ciudad.

DONDE LOS VENECIANOS SE PONEN A SECAR

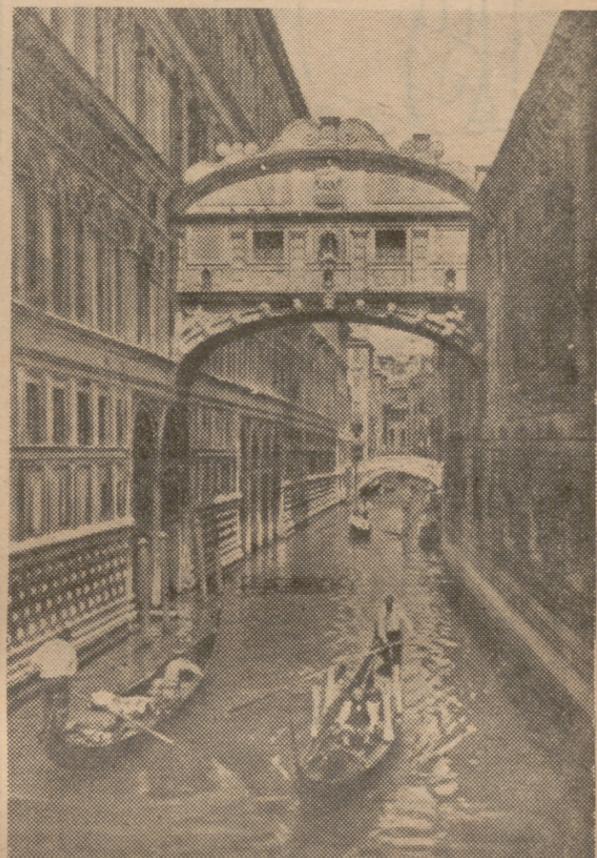
Además de esos doscientos palacios, el Gran Canal tiene 3.800 metros de largo; de 30 a 70 de ancho, y 45 canales afluentes, que a su vez son arteria principal de centenares de canales, que proporcionan a la ciudad su originalísimo ambiente de cruce-ro de placer sobre el océano; algunos veces los venecianos no cesan de ponerse a secar, y para este menester emplean la plaza de San Marcos, el lugar del mundo donde la temperatura ambiente se me antoja más subjetivamente. Junto a una jovencita limitadamente vestida, puede verse

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 17 DE SEPTIEMBRE DE 1955



El puente de los Suspiros une el Palacio del Dux (a la izquierda) con las cárceles de la antigua República (a la derecha). Su romántico nombre se debe a las quejas de los condenados que, a miles, lo atravesaron durante la brillante época dorada de Venecia.

a un caballero con jersey de manga larga y bufanda de colores; en el mismo grupo donde luce sus pantorrillas y su alambicada camisa un joven, una señora esconde su abundante naturaleza humana bajo un amplio abrigo con bordes de piel, y junto a un caballero elegantemente vestido de gris, con botines blancos, monóculo y guantes de gamuza, puede verse a un voluminoso excursionista con la mochila a la espalda y una cesta de la merienda al brazo, mientras de la mano derecha le cuala la máquina fotográfica, y de la izquierda un sombrero de gondolero, que es su última compra en la ciudad.

LA GRAN SERENATA

Venecia es una ciudad que depende por y del turismo, el comercio, la industria, y hasta las cosas más humildes viven de este continuo ir y venir de gentes de todo el mundo. Las familias obreras tienen reservados los mejores dormitorios de sus casas para alquilarlos a los turistas, en combinación con las tratofías y los pequeños albergues del barrio.

La ciudad no perdona medios para hacer inolvidable la estancia al viajero: desde mayo a septiembre, las organizaciones turísticas cuentan cada noche con el atractivo romántico de la Gran Serenata. De la plaza de San Marcos y del puente de Rialto, en el otro extremo del canal, salen a las diez de la noche dos grandes góndolas con orquesta y cantantes, iluminadas con gusto exquisito y rodeadas de centenares de pequeñas góndolas, donde los enamorados de los cinco continentes son acunados placidamente por los talentosos "gondoleros". La municipalidad

ilumina durante el par de horas que dura la atracción todos los palacios, con rebuscados efectos de luces amarillentas, azuladas, rosadas, violeta, verdosas, etcétera, etc., de modo que las aguas adquieran esas tonalidades de fuegos de artificio que hacen suspirar conmovidamente a las gentes que salen de sus lejanos hogares en busca de esta clase de suspiros de primera calidad. A mitad del canal, la góndola-madre, que viene de San Marcos, y la que viene de Rialto, se encuentran y se detienen a saludarse con muchas ceremonias musicales, en las que la ópera y las canciones napolitanas se mezclan con las tarantelas, sorrentinas. Los viajeros sencillos siguen luego la marcha hasta el punto de partida, donde abandonan las góndolas: los turistas con plus de romanticismo, continúan el viaje, arrullados por su gondolero, a través de los canales, hasta pasar bajo el puente de los Suspiros.

MUERTE DE WAGNER

En el bellissimo palacio Vendramin Valergui, de los Loredan, una de las joyas más portentosas del Renacimiento, en su alcoba, tapizada de verde, rosa y azul pálido; una complicada decoración que viajaba con él, el 13 de febrero de 1883, Martes de Carnaval, moría en los brazos de su esposa, Cosima Listz, el maestro Ricardo Wagner. Unos momentos antes había sostenido la última discusión violenta de su vida... con un viejo testarudo gondolero del Gran Canal; abuelo de cualquiera de estos gondoleros que arrullan a los viajeros sentimentales bajo el puente de los Suspiros.

Pilar NARVION

LOS GRANDES INVENTOS

LA RADIO

Antes de inventarse la radio, la gente se tenía que conformar con oír las cosas que sonaban en los patios de vecindad. Aunque estas audiciones carecían de una organización seria, la gente lo pasaba bastante bien oyendo a salto de mata los gritos que pegaba la vecina del cuarto izquierdo, los cuplés que entonaba la chacha del principal centro y las palabrotas que soltaba el bombero del ático cuando se quemaba la lengua con la sopa.

El benefactor que inventó la radio partió de ese interés que manifestaba el público por enterarse de lo que no le importaba; sobre esta base les echó mano a las ondas hercianas, y lo demás fué cosa de enchufar y sintonizar.

La radio, en sus balbuceos, resultaba bastante más aburrida que los patios de vecindad, pues lo que más se oían eran unos ruiditos así: "grrrrrr", "püüüü", "fffff", etc. De cuando en cuando era posible escuchar una voz que decía: "Señores radioyentes", y nada más. A pesar de todo, la gente estaba encantada de la vida; a la gente lo que le gusta es el progreso, y aquello era de un progreso de aupa. Esta buena voluntad de los señores radioyentes tuvo su premio, y la radio comenzó a evolucionar: un día se oyó un pasodoble; otro, una conferencia sobre arte; otro, las campanadas de un reloj, y otro, un boletín meteorológico. Luego, las conquistas de la radio se sucedieron en avalancha: por las antenas se colaron toda clase de cosas sonoras, y un día la radio llegó a su mayoría de edad. Fué el martes y trece en cuyo mediodía por los altavoces de los receptores surgió una guía comercial así de gorda.

Desde este punto la radio se hace importantísima; el que más y el que menos se compra a plazos un chisme de esos, lo pone encima de un trapito blanco, se sienta enfrente y se hincha de escuchar cómodamente eso de que el que tiene un peso quiere tener dos, eso de que para otoño madrileño gabardinas Butragueño y eso de que el equipo nacional de fútbol ha vuelto a perder otro partido.

Hay retrógrados que añoran aquellas otras audiciones que se daban en los patios antiguamente. Peor para ellos. ¿Cómo se va a comparar una cosa con la otra? ¿Cómo va a hacer más ruido a la hora de la siesta un bombero que un receptor de seis válvulas? ¿Cómo se puede incurrir en el dislate de suponer que una bronca familiar dé más pena que una novela radiofónica? ¿Cómo se va a defender la estúpida afirmación de que una chica de servicio puede desgañarse más sañadamente que una folklórica? Además, ¿acaso daban premios aquellas rudimentarias emisiones del patio? ¿Pues entonces!

En resumen: que la radio —las radios— están ahí, a nuestro alrededor, funcionando a todo gas, y que da gusto ser víctimas de su potencia, de sus programaciones y de sus espacios publicitarios. De verdad.

Rafael AZCONA



—Cedo la palabra al representante de los animales.



—¿Qué sucede? Yo no he mandado alto.

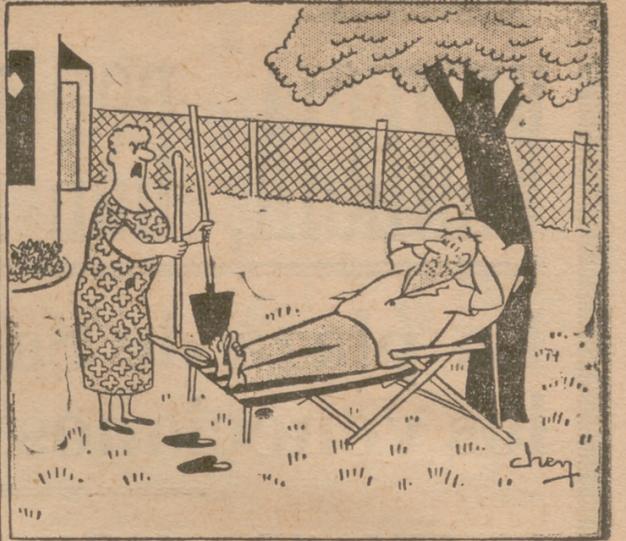


Lo que me tranquiliza es que el elefante es vegetariano.



—Esto te ocurrió en una curva, ¿no?

—Gracias por su cheque, que llegó justo en el último momento.



—¿Pero es que te crees que aún sigues en tu despacho?...



—Antes de seguir, espera un poco. Seguramente nos darán órdenes nuevas.



—Hacia auto-stop. Subió en Burgos y después me olvidé de él completamente.



Sin palabras.



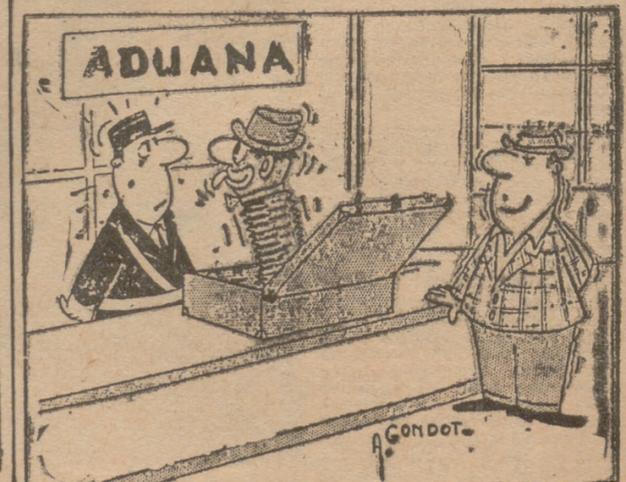
—¡No quería creerlo!



—Esto es para el caso que encuentre de verdad una buena pieza.



—¡Chist! ¡Están durmiendo!



El chistoso.

Los latidos del corazón de una princesa ENCUENTRAN ECO EN EL MUNDO ENTERO

Dueña ya de su destino, la princesa Margarita puede realizar libremente sus sueños de amor

Pero fiel a unas sombras que alzaron el Imperio inglés, se cree que ha renunciado para siempre a esa ilusión

El mundo, a pesar de los aceros angustiados que parece tener hoy en día la vida, aún se ocupa de problemas románticos y se inquieta por la suerte que puede correr un amor. Los latidos amorosos del corazón de una princesa todavía encuentran eco en la Humanidad, aunque estas palabras, corazón y princesa, suenan un poco anacrónicamente en los tiempos actuales y parezcan reminiscencias de épocas en que los hombres se entretenían escuchando historias de amor entre bellas princesas y apuestos guerreros.

Los amores de la princesa Margarita encuentran un hueco acogedor entre las inquietantes noticias que estremecen los cables telegráficos del mundo, y hombres y mujeres de diferentes

países hacen cábalas sobre el final del romance de amor que tiene por protagonistas, como en las historias antiguas, a una bella princesa y a un apuesto militar.

UNA PLEGARIA

Uno de los últimos domingos del pasado mes de agosto la familia real inglesa asistió a los oficios en la pequeña capilla de la villa escocesa de Crathie cercana al castillo de Balmoral. Después del sermón el pastor se volvió hacia la princesa Margarita y pronunció estas palabras: "Y da fuerza a ella, a nuestra princesa, para aquietar el deseo que anida en su corazón." La princesa, arrodillada junto a sus familiares, palideció e inclinó la cabeza. Después la volvió hacia su

madre y por unos instantes ambas se miraron intensamente.

LA VOZ DE LA CALLE

Este deseo de ventura resonó en la pequeña capilla de Crathie precisamente el día en que la princesa Margarita cumplía veinticinco años, a cuya edad la ley inglesa suprime obstáculos en el camino de su felicidad, que queda desde ahora en manos del Parlamento. Y las gentes de la calle, que alimentan el romance de amor de Margarita con el coronel Townsend, han visto en la reacción de la joven ante las palabras del pastor una exaltación de júbilo, como si la gran decisión que tenía tomada en el fondo de su corazón hubiese sido de pronto revelada con aquella inesperada plegaria. Otros han dado una interpretación diferente a la actitud de la princesa. En la larga mirada que dirigió a su madre creen ver una llamada de consuelo, una petición de ayuda para calmar la angustia que atormenta su corazón, porque la princesa había prometido solemnemente a la Reina madre renunciar definitivamente a su matrimonio. Y la frase piadosa había sido como un aldabonazo que resucitó en ella un mundo de recuerdos.

¿Cuál de estas dos voces de la calle ha interpretado más fielmente los sentimientos de la princesa Margarita? Imposible saberlo, y para que la historia de amor reúna todos los encantos de esta clase de historias, no se sabrá jamás.

Dejando a la fantasía popular que haga sus cábalas, vamos a contarles por qué esa fecha de agosto en que la princesa cumplía veinticinco años ha puesto de nuevo en el plano acuciante de la actualidad el episodio de



La princesa Margarita, en el parque del castillo de Albergeldie, toma parte en una tombola benéfica. Acababa de cumplir los veinticinco años, edad en la que se le abría una posibilidad para sus sueños de amor, que parecía que se han desvanecido para siempre.

sus amores con el coronel Townsend, cuarentón, divorciado y padre de dos hijos.

UN RESQUICIO PARA LA LIBERTAD

Según una antigua ley, al llegar a esa edad las princesas inglesas pueden casarse con el elegido de su corazón sin necesidad del consentimiento del rey, en este caso la Reina, su hermana. En Margarita se da la circunstancia de que ocupa el tercer lugar entre los herederos del Trono, y aunque la Constitución Inglesa no la autoriza a celebrar un matrimoniomorganático, este obstáculo se puede salvar al renunciar a sus derechos. Realizada esta renuncia, no tendría que contar nada más que con el consentimiento del Parlamento.

Con esto queda eliminado el obstáculo de la reina, porque, aunque es el corazón de Isabel alienten los mejores deseos para que Margarita encuentre, como ella encontró, la felicidad a través del matrimonio, en su calidad de cabeza de la Iglesia anglicana, no puede autorizar el matrimonio de una princesa con un hombre divorciado.

LA LLAVE DE LA FELICIDAD

La suerte de la princesa Margarita está ahora en manos de los honorables miembros del Parlamento británico, en colaboración con los Parlamentos de los otros países que forman la Commonwealth.

En el caso de que estos honorables señores no diesen su consentimiento y Margarita llevase adelante sus supuestos propósitos matrimoniales, la unión, según la ley inglesa, sería nula y la posible descendencia tendría el carácter de ilegítima.

Queda en el aire, alimentando en las mentes de las gentes el romance de amor, la interrogante de la posible actitud del Parlamento. Con su negativa colocaría a la joven princesa en una dramática situación, y, por otra parte, la renuncia de Margarita a sus derechos hereditarios y a la renta que le corresponde no sería una fórmula muy favorable en otros aspectos, y parece ser, en opinión de algunos expertos en Derecho constitucional inglés, que tampoco es muy viable, porque, al ser Margarita de sangre real, no puede renunciar de "motu proprio", sino que necesita la autorización de la Commonwealth. Y esta dificultad y la incertidumbre que rodea a la decisión del Parlamento, han hecho, según las noticias de estos últimos días, que la princesa renuncie de una manera definitiva a sus sueños de amor.



El coronel Peter Townsend, en la actualidad agregado militar en la Embajada inglesa en Bruselas, protagonista de la historia de amor de la princesa Margarita.

En todos los países de la Commonwealth está firmemente arraigado el prestigio de la institución monárquica y de la familia real. El último viaje de la princesa Margarita ha servido para reafirmar ese prestigio, y en torno a su juvenil persona se ha creado una aureola de simpatía. El temor a romper esa aureola—y ese riesgo se corre con un matrimonio a ultranza—ha influido, probablemente, en ella y la ha inducido a sacrificar su felicidad en aras de la estabilidad de los principios políticos. Si esto es cierto, esta dramática determinación pone un melancólico final a la romántica historia de sus amores. Quizá el hombre y la mujer de la calle, que tan anhelantemente seguían las vicisitudes de la vida sentimental de su princesa sufran una desilusión. Tal vez ellos tuviesen la aspiración de poder contar estos amores a sus nietos al amor de la lumbre—aunque ahora ya no haya lumbre en los hogares—y terminar la historia de la princesa que renunció a todo por amor con el clásico colofón de "y vivieron felices...". Pero, según todos los síntomas, el cuento no va a tener ese final. En la mirada que Margarita dirigió a su madre en la mañana de un domingo de agosto parece que iba la renuncia a esa felicidad y la ofrenda

del sacrificio de un corazón enamorado en aras de la fidelidad a unos principios. Por eso la voz del sacerdote, que sin duda tenía conocimiento de esta renuncia, sonó para impetrar un consuelo divino que aquietase la angustia de aquel corazón.

BAJO EL SIGNO DEL AMOR

Cualquiera que sea su destino en este mundo, Margarita de Inglaterra ha entrado ya en la historia bajo el signo del amor. Amor de princesa, en apariencia, destinado a quedar inédito en su corazón, pálida, pero sonriente, pudieron contemplarla miles de ojos cuando se presentó en el parque del castillo de Albergeldie para tomar parte en una tombola de caridad. Y pálida y sonriente vio transcurrir el día que pudo haber sido el de su liberación desde las estancias de Balmoral, en compañía de su madre, de su hermana, del duque de Edimburgo y de sus sobrinos, cuyas rubias cabezas acariciaría nostálgicamente, mientras en el mundo entero se hacían cábalas sobre su felicidad, a la que ella había ya renunciado para siempre fiel a unas sombras que pusieron en pie el Imperio inglés.

Gerardo DE NARDI

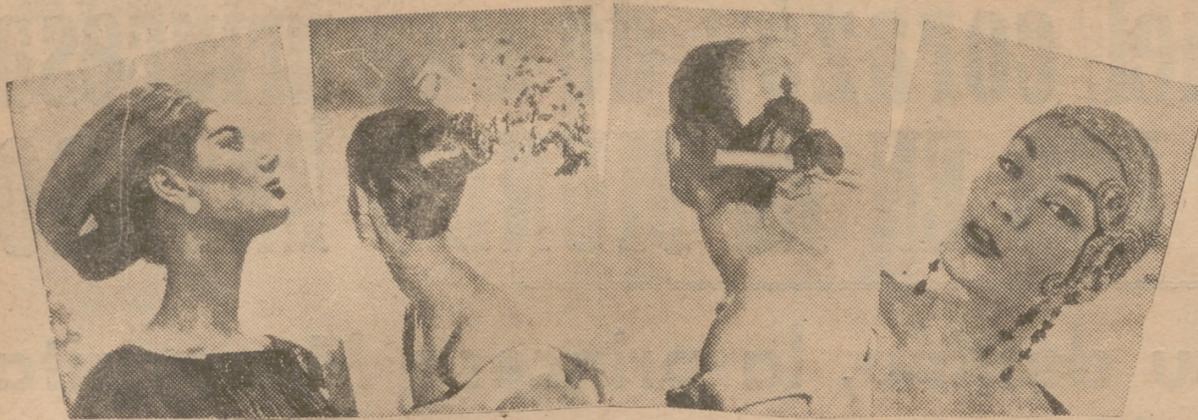


Los príncipes Carlos y Ana, hijos de la Reina Isabel, que anteceden a la princesa Margarita en los derechos al Trono de Inglaterra.



Peter Townsend (segundo de la izquierda de la segunda fila), en su época de colegial. En 1935 obtuvo los galones de teniente de la R. A. F. y prestó servicio en Singapur. Durante la última guerra mandó una escuadrilla de caza.

AUDACIAS PARA SEPTIEMBRE



La vuelta del veraneo sorprende a la mujer un poco desorientada sobre lo que puede ponerse en esa boda, cóctel, cena, etc., cuya invitación recibió antes de abrir las maletas. No se preocupe, amiga lectora, cualquier traje de su equipo sirve para estos días de septiembre. Para renovarlo y aparecer original y "nueva" ante sus amigos, emplee sencillamente el truco de cualquiera de estos originalísimos tocados. Su éxito es seguro; septiembre se presta a estas deliciosas audacias.

Coco Chanel ha vuelto a París

En 1920 revolucionó la moda femenina inventando la comodidad

Historias de la mujer que enseñó a vestir bien a la clase media

Inventó el jersey, las sandalias, la falda corta y el Chanel núm. 5

Cuando, en febrero de 1954, hace diecinueve meses, Gabrielle Chanel—a quien sus pocos íntimos y todos los que se quieren pasar por tales llaman familiarmente "Cocó"—volvió a abrir su casa de la rue Cambon, cerrada desde 1939, se limitó a decir, para explicar su regreso al trabajo a una edad en la que se aspira sobre todo al descanso, que se aburría en su retiro y que había tardado quince años en saberlo.

UN OFICIO DE MUJER

Pero ciertas confidencias que dejó escapar en la víspera de la presentación de su colección de modelos hacen pensar que fue otro el móvil que la empujó. —Cada vez más—dijo—se tiene la tendencia de considerar a la costura como un arte, cuando no como una filosofía. Sometida a los caprichos de los artistas "inspirados", la moda se encuentra así traída y llevada de una excentricidad a otra, en detrimento de la auténtica elegancia. La verdad es otra. La costura, parece haberse olvidado, es un oficio. Este oficio hay gentes que lo saben y otras, las más, que creen saberlo. De aquí la crisis actual. He reflexionado en todo esto, y creo que tengo que decir un par de cosas sobre el particular.

Lo que Chanel no añade es que también cree que la costura es un oficio de mujer, y que para hacer un vestido tan elegante como cómodo—esas son, a su juicio, las cualidades esenciales que deben reunirse sin sacrificar la una a la otra—es completamente necesario haber tenido una experiencia personal en el uso de la vestimenta femenina, que, como es natural, los hombres carecen de ella.

LA PEQUEÑA AUVERNIESA

Gabrielle Chanel nació, hacia 1884, en una aldea de la Auvernia. Huérfana a los siete años, fue trasladada por dos pladostas personas, sus tías, a Ex, cerca del Isoire. ¿Fue allí donde, según dice, era una niña insoportable, mentirosa y mala? No podemos creerlo. Lo que, sin embargo, es cierto es que a los dieciocho años, cansada de la atmósfera provinciana, vino a París.

Y vino por el camino de los estudios o, más exactamente, por el del café-concierto. ¿Cantaba o bailaba? La cuestión no está clara. Lo que se sabe es que terminó llegando a París escolada por un guapo joven rubio, rico hijo de familia, bajo la dirección del cual descubriría la vida parisense. Vestida por Worth, va con él a las carreras, al Bois, al Maxim's, a las Embajadas. La pareja es joven y simpática, y como Henri de B... siempre es llamado por sus camaradas por el apelativo de "Rico", su acompañante no tarda en llegar a ser conocida por el nombre de "Cocó". ¡La pareja "Cocó-Rico"! Hay juegos de vocablos que el pueblo más espiritual de la tierra no puede dejar pasar. A partir de ahora Gabrielle Chanel es "Cocó", y como tal pasará a la celebridad.

Cocó Chanel, para matar el tiempo, hace sombreros de señora. Pocos años antes de la guerra de 1914 abre, en la rue Cambon, una "boutique" de modas. En 1916 pone de moda las faldas de lana y otros artículos económicos. Los tiempos son de austeridad y los clientes afluyen.

Sin premeditación, únicamente confeccionando las tallas y las faldas cortas, que a ella tanto le gustan, Cocó Chanel va a crear

una moda nueva, "revolucionaria", que nunca será totalmente abandonada.

EL "NEW-LOOK" DE 1920

Chanel fue la primera que liberó a las mujeres de la absurda esclavitud que, desde Poiré sobre todo, martirizaba sus siluetas. Ella comprendió que todas estaban cansadas de la complicada vestimenta que se las imponía desde años y que había pasado el tiempo de los sombreros empenachados, de los perendengues y de los vestidos con los que ni se podía caminar con soltura ni incluso subir a un automóvil. La moda sería práctica y sensata: los tacones serían bajos, los botones servirían para abrochar y los bolsillos, si se hacían, serían colocados de modo que en ellos pudieran introducirse las manos.

Y ese fue el "new-look" de 1920: la línea lisa, el sombrero de "campana", la falda que llegase sólo hasta las rodillas, los pequeños conjuntos de jersey, los tejidos "pobres", las formas simples, todo inspirado en el mismo principio: "el vestido debe ser hecho para la mujer, y no la mujer para el vestido". Su estilo era sobrio, despojado de adornos, quizá un poco severo, pero la línea resultaba neta, deportiva y "joven". Las complicadas gorgueras desaparecieron, y con ellas la excesiva amplitud de las caderas. Gracias a Chanel las mujeres tomaron la costumbre de aparentar veinte años menos de su edad.

Otra novedad: Chanel no sólo quiso vestir a las ricas de la elegancia, sino también, como decía, "vestir a la calle". El hilo pasó a manos del corte, no del tejido. Lo bello no es precisamente lo caro, y sus modelos, que libremente dejó copiar hasta la saciedad, no sólo fueron llevados por sus adineradas clientas, sino también por las pequeñas burguesas. Ahí está la razón de que las modas de Chanel durasen más de unas semanas.

Sin embargo, Chanel no se contentaba con crear nuevos y revolucionarios vestidos. Y lanzó a la calle las sandalias que sólo se sujetaban al pie por el talón, la moda del "pull-over" y la de las gafas con montura de concha; creaba las "bijoux-coutures", que no son imitaciones, sino falsificaciones, que por tales querían pasar. Y, añadiendo a su casa una perfumería, creó, mezclando personalmente diferentes esencias, su famoso "Número 5"—nacido un 5, y el 5 es su número favorito—, en boga todavía hoy.

REINA DE PARÍS

En 1922, Chanel, cuyos talleres ocupan ya cuatro inmuebles, tiene bajo sus órdenes un pequeño ejército de dos mil obreras, y ella es la reina de París. Para comprar algo suyo es preciso apuntarse y esperar su turno. Sus maniqués son princesas rusas a quienes la revolución expulsó de sus palacios, y un gran duque, un auténtico pariente de Nicolás II, pertenece a la casa y presenta a las modelos en sus desfiles. Chanel, que posee un collar de perlas valorado en 20 millones de francos (unos 400 millones de hoy), vive rodeada de una corte siempre renovada de artistas de nombres ilustres, incluso aquellos famosos en su época. En su casa se ven, por ejemplo, a Ser-

ge de Diaghilev y Picasso, al poeta Pierre Reverdy y a Christian Bérard, a Jean Cocteau, Stravinsky, Serge Lifar y otros muchos.

En el lujoso decorado de su hotel Chanel recibía el homenaje de sus fieles. De ellos, el duque de Westminster, primo del Rey de Inglaterra y uno de los hombres más ricos de su reino, era el más asiduo. Y también el más querido, de juzgar la opinión pública. La intriga amorosa del noble británico y de la costurera de postín es el secreto de Polichinela. Y un día, según se cuenta, el duque puso su corona ducal a los pies de la pequeña caminante auvernesa. Esta la rechazó.

—Hay veinte pares en Inglaterra. En el mundo sólo hay una Chanel.

Lo que permitió a los pequeños diarios escribir que Chanel había negado su mano a quien había conquistado su corazón.

COCO CHANEL 1955

El cenit de Chanel decreció en los años que precedieron inmediatamente a la pasada guerra. Una rival suya llegada de Italia, la Schiaparelli, ocasionó a la ya entrada en años, reina de la moda, severos golpes. La lucha duró, sin embargo, diez años. En 1939, cansada de combatir, desazonada por la "deserción" de cierto número de sus amistades, Chanel cerraba la puerta de su casa de modas. Abandonó París, sin esperanzas de volver, para vivir en Suiza, en un oscuro retiro. De él no ha salido hasta primeros del pasado año.

París la ha recibido con alegría. Chanel está algo envejecida, pero apenas ha cambiado. "Siempre ha sido imposible adivinar la edad de Chanel", escribió Cecil Beaton, en "Cincuenta años de elegancia y de arte de vivir". Está bronceada por el sol, son sus mejillas lozanas y sus ojos brillantes como el azabache, su nariz respingona, con los orificios que ella califica de "lúneles", y una boca de labios finos y apretados. Sus manos son delicadas, y bajo su piel blanca mate esconden, sin embargo, una fortaleza que podría doblegar a un caballo. Jamás se da esmalte en las uñas de sus manos... pero sí las de los pies, pues, según dice, "los pies son unas pobres víctimas y piden siempre nuestra ayuda".

Abiertos nuevamente sus salones, Chanel ha vuelto a instalarse en su apartamento del segundo piso, encima de sus talleres. Ha vuelto al gabinetito en el que tanto disfrutaba trabajando, hijeras en mano, y acompañada sólo de una ayudante, una anciana señora de cabellos blancos, y una maniquí. Y allí, valerosamente, se ha puesto en seguida a cortar y a coser los vestidos de las niñas de su primera clientela.

La presentación de su colección, tras sus quince años de ostracismo, causó cierta sorpresa, el año pasado: Chanel continuaba fiel al estilo de "antes de la guerra", y algunos augures dejaron caer desdefiosamente este comentario: "La pobre Cocó quiere llevarnos a 1925. Está terminada." Sin embargo, alguien hizo notar que "los compradores, compraban..."

El mismo fenómeno se ha repetido este año: reservas de los augures y, en el caso de los cronistas de la moda, un movimiento de simpatía. Los amigos (aquellos que un día la abandonaron) de Chanel comienzan a preguntarse que no tardará en llegar el día en que

quizá nuevamente Cocó dictará su ley a la moda parisense y, en consecuencia, a la moda de todo el mundo.

R. DAUVIN

(Es un reportaje especial de Agencia Fiel-Deri. Prohibida la reproducción.)

CONTESTACION A MARILIN LOCA

Dejar liso su cabello teniendo rizado, naturalmente, no es posible. Ahora bien: lo suavizará algo si cada vez que se lo lava, una vez seco el pelo, se lo humedece con la siguiente fórmula:

Aceite de almendras dulces, 20 gramos; vaselina, 20; aceite de ricino, 4; tintura de romero, 10.

Para que le crezca rápidamente el pelo, córtese también con cierta frecuencia y no olvide cepillárselo un solo día.

No me dice usted la edad de su amiguita, pero la supongo muy joven, y, si lo es, no ha de sorprenderse de estar delgada y no muy desarrollada su estatura. De todos modos, que haga diariamente treinta minutos de gimnasia, orientándose en una obrera de educación física para la mujer, y que procure comer mucho, haciendo media horita de reposo después de la comida, durmiendo por la noche nueve o diez horas. Poco a poco, a medida que gane unos añitos, ganará también en peso.



Modelo de temas taurinos, inspirado en la camisa con chorreras de los toreros, creado por Cecil Chapman y lucido en Nueva York por Sloan Simpson. Es un modelo para cóctel confeccionado en algodón español y encaje.

DE MUJER A MUJER

Contestación a Mary Duz:

La estatura de usted es perfectamente normal, hijita; incluso la más corriente en la mujer española. Por lo mismo, no le aconsejo en absoluto preocuparse por su estatura. Además, es posible que aún crezca un par o tres centímetros.

A su hermano, aconséjele ir a algún gimnasio, y allí, orientado por un profesor, podrá practicar admirables ejercicios para desarrollarse y aumentar su estatura.

Su otra consulta, amiguita, la contestaré particularmente, si tiene la bondad de comunicarme sus señas y enviarme el franqueo preciso. La consulta que me hace la he contestado ya muchas veces. Le adelanto, para su tranquilidad, que su defecto desaparecerá de modo definitivo.

Contestación a Marianela:

No es que sea un hecho que carezca de importancia lo que me explica respecto al incidente ocurrido en Madrid cuando se encontraron ustedes frente a frente y él siguió con la otra

sin saludarla; pero hay hechos más o menos perdonables. El estupor que el joven sintió pudo despertar en él el temor de que usted le despidiera a cajas destempladas si se le apropiaba. Fue una acción descortés y ofensiva, deplorable y que incitaba a la sospecha; pero, como le digo, podía perdonarse atribuyendo todo a un encuentro casual de su novio con esa joven.

Lo que ya resulta sospechoso es que haya correspondencia entre los dos, si, como usted asegura, la carta que vio era de ella. Claro está que podría tratarse de que reclamara la joven sus fotografías. Pero si era así, ¿por qué no le mostró a usted el contenido de la misiva, que hubiera aclarado muchas dudas?

Comprendo lo doloroso que le ha sido para usted sospechar, puesto que descubrir no podemos decir que haya descubierto nada. Saber que el que se quiere no es digno de toda la confianza que le tenía es desalentador; no obstante, amiguita, cuando se quiere de verdad y no se sabe en definitiva algo en concreto respecto a una infidelidad, hay que tener un poquitín de paciencia y dar una oportunidad. Si su novio, como es probable, dentro de unos días vuelve a usted, mansito y cariñoso, como si nada hubiera pasado, recíbele con cierta sequedad; pero no le despidas. Dígale que le costará olvidar haber descubierto que no es aquel hombre sin tacha que creyó merecía toda su fe y amor. Con tristeza añada que nada hay tan amargo como descubrir cómo el que hicimos idolo de nuestra existencia tiene los pies de barro.

Observe a partir de entonces atentamente a su novio. A su perspicacia de mujer no le será difícil adivinar si ha cambiado o hay todo el interés por su parte en borrar su error, del que está arrepentido. De la conclusión que saque dependa la postura que deba adoptar y que tiene usted el criterio suficiente para que sea la más acertada. Una oportunidad, amiguita, no es transigencia. Es tan sólo dar la posibilidad de una reparación, que puede redundar en beneficio propio.

Contestación a "Una que va a tomar la alternativa":

"Graciosa manera de calificar la boda, hijita, y con carácter tan simpático y optimista creo que no habrá para usted grandes problemas. Felicidades de antemano.

Para dar lustre a esas charpas de latón, frótelas con una mezcla de blanco de España y parafina. Después páselas una gamuza. Verá qué bonitas le quedan."



He aquí a dos lindas modelos presentando el nuevo maquillaje Stendhal. Ceja espesa; ojo acentuado en la parte interna por un ligero trazo y agrandado en la parte externa. Boca con el labio superior redondeado y poco acentuado; labio inferior muy prolongado y redondeado en el centro.

¡Ruido..., ruido..., ruido...!

Ciegos obsesionantes y menegildas sintónicas, tormento del pacífico CIUDADANO

Los INSTINTOS CRIMINALES del HOMBRE SE DESPIERTAN CON EL RUIDO

Nadie sabe lo que es un ruido hasta que no lo padece. Nadie siente deseos de estrangular al prójimo hasta que uno de estos fabricantes de estridencias callejeras no le persigue con su manía.

Si, incluso la palabra es desagradable: ¡Ruido! Crea conflictos en todas partes. A los poetas, les vuelve locos por aquello de la diéresis y de los versos. Los niños, cuando empiezan a leer, nunca aciertan a contestar si tienen dos o tres sílabas. Y ya de mayores, soportan de modo admirable y con todo lujo de detalles, el significado completo de la palabrita.

Madrid, pese a los bandos del Ayuntamiento y a todas las campañas pro silencio, es el reino del ruido.

Existen tantos como arenas en el desierto y en la mar, todas ellas reunidas.

Unos son permanentes, otros, de carácter provisional, oportunos, obsesionantes, criminales...

Lo de la última tira no es verdad. Las otras las llevan escondidas en los bolsillos de la chaqueta. Apenas el incauto cliente compra la tan cacareada última tira, sacan otra y siguen:

—¡A ver quién quiere la suerte! ¡La última tira!

Esta clase de ciego obsesionante jamás pasea. De pie, como clavado en la esquina, grita una y otra vez lo de la última tira.

Con los balcones abiertos y en plena siesta, el ciego se convierte en obsesión. Y ni se duerme, ni se habla, ni se puede pensar más que en...

—¡A ver quién quiere la suerte!...

Por favor, mis buenos ciegos, menos celo en la venta de los cupones. Un paseito de cuando en cuando a lo largo de la calle, tonifica. Se hace ejercicio, se atrae a mayor número de clientela y todo el vecindario del sector les contemplará con simpatía.

LOS MOTOS Y LOS CAMIONES

Ambos artefactos emiten los llamados ruidos oportunos.

Una familia feliz vive su sobremesa. Por la radio, discretamente entonada, se escucha música.

—Eso es la sinfonía de "Nuevo Mundo"—opina el padre.

—¡Qué va, hombre! Es una sinfonía de Beethoven—corrige la madre.

La niña, muy entendida en el asunto, rectifica:

—Nada de eso; es un concierto de Bach.

Los tres discuten, los tres opinan y ninguno da su brazo a torcer.

Transcurren algunos minutos. Se tararean los últimos compases y...

—¡Callad! El locutor va a decir de qué se trata.

(Voz del locutor.)
—Acaban ustedes de escuchar...

—¡Prrrrr! ¡Prrrrr! ¡Uuuuuu! ¡Prrrrr!

Una camioneta, cargada hasta arriba de barriles, muebles o lo que sea, y con un perro ladrando en todo lo alto, pasa por delante de la casa.

El camión parece rugir, comer el asfalto de la calle y deshacerse por dentro.

Imposible escuchar nada más. A gritos, los miembros de la familia intentan hacerse comprender.

—¿Qué ha dicho la radio?

—preguntan.

—No sé. No oí nada con el ruido.

Una ira sorda, rabiosa, inunda el ánimo de todos.

Otras veces se trata de una noticia que interesa, de algo que se quiere saber. ¡Inútil! Siempre en el momento oportuno, el camión fatídico se interpondrá en nuestro deseo.

Los motos son las culpables de levantar en el hombre instintos criminales. Figúrate, lector, una hora cualquiera de la noche o de la madrugada. La ciudad, por un instante, tranquila y sil-



Artefactos bien alineados y dispuestos a sembrar el ruido por toda la ciudad a cualquier hora del día o de la noche. (Foto Guillén.)

lenciosa. El pacífico ciudadano, harto de su jornada, descansa al fin entre sábanas blancas y mantas confortables. Sueña dichoso. De repente...

—¡Cataplúm! ¡Grrrr! ¡Grrrrr! ¡Brrrr!

—De un salto, el infeliz señor se alza en el lecho. El corazón late de prisa.

—¿Qué sucede?

—Una moto, a todo gas, con el tubo de escape abierto, cruzó volando por debajo de la ventana.

Si en ese momento el ciudadano—antes siempre amable—hubiera tenido a mano una pistola, la hubiera descargado sobre el motorista desahogado.

LOS TRANVIAS Y LOS EMBOTELLAMIENTOS

Compadrezo al señor que vive en una calle por la que todavía circulan los tranvías. No existe máquina de ruidos que supere en producirlos a los tranvías.

—Rua, rua, rua, rua, rua, rua. Y así cantan una y mil veces mientras caminan envueltos en miles de chispas producidas por el travieso trole. Usan dos tonos: el mayor y el menor. El primero, para las cuestas arriba; el segundo, para las cuestas abajo. Ambos, insoportables. El mayor es más lento.

—Ruuaa... Ruuaa... Ruuuuaa...

El menor, más rápido.

—Ruuaruaruaruaruarua.

Los embotellamientos acaban con los nervios de todo el mundo. Los chóferes se enfurecen y discuten. El guardia manotea y toca el pito. Los peatones se impacientan en las aceras, y los habitantes de las casas del contorno enloquecen con el bocineo de los coches.

—¡Calma, señores! ¡Paciencia para todo el mundo! ¡Todo quedará arreglado con menos ruido!

Si ustedes, chóferes, no pueden pasar adelante, ¿para qué tocan tantas veces el claxon?

Los nervios se desatan, el Mo es mayor y el niño de la vecina del segundo, que tardó tres horas en dormirse, se ha despertado berreando. ¡Pobre mamá!

LAS CASAS MODERNAS Y LAS AFANOSAS AMAS DE CASA

Las casas modernas se agitan y viven en un continuo ruido. Si es por fuera vale con lo expuesto hasta ahora. Si es por dentro...

—Y eres como una espírita que "me se" ha clavado en el corazón.

(Las menegildas de todo el patio inician su hora sinfónica.)

Ruidos de cacharros y conversaciones ajenas.

—¡Eres una despilfarradora!

Ayer te di cincuenta pesetas y hoy aseguras que no tienes dinero para la compra.

(El marido del segundo B discute con la mujer.)

—¡Mis calcetines blancos! ¿Se puede saber dónde has puesto mis calcetines blancos?

(Esta vez es el marido del cuarto quien protesta.)

—¡Zas! ¡Zas!

...la inicia a golpes con ella. Surgen nubes de polvo y siguen los gopetazos.

El durmiente del piso de al lado se despierta. Cada trompazo en la manta es un golpe en su cabeza. El durmiente se propone sufrirlo todo con paciencia. Espera.

—¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

La furia higiénica de la señora se ha enardecido y prosigue.

El hombre cuenta:

—Veinte, veintuno, veintidós, veintitres, veinticuatro.

—¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Y cuando llega al cinco mil uno, o el durmiente se ha dormido o a su vez ha sacado una manta al balcón y la sacude también.

—¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Las amas de casa, fieles cumplidoras de su misión, causan a veces serios trastornos en los nervios de los durmientes.

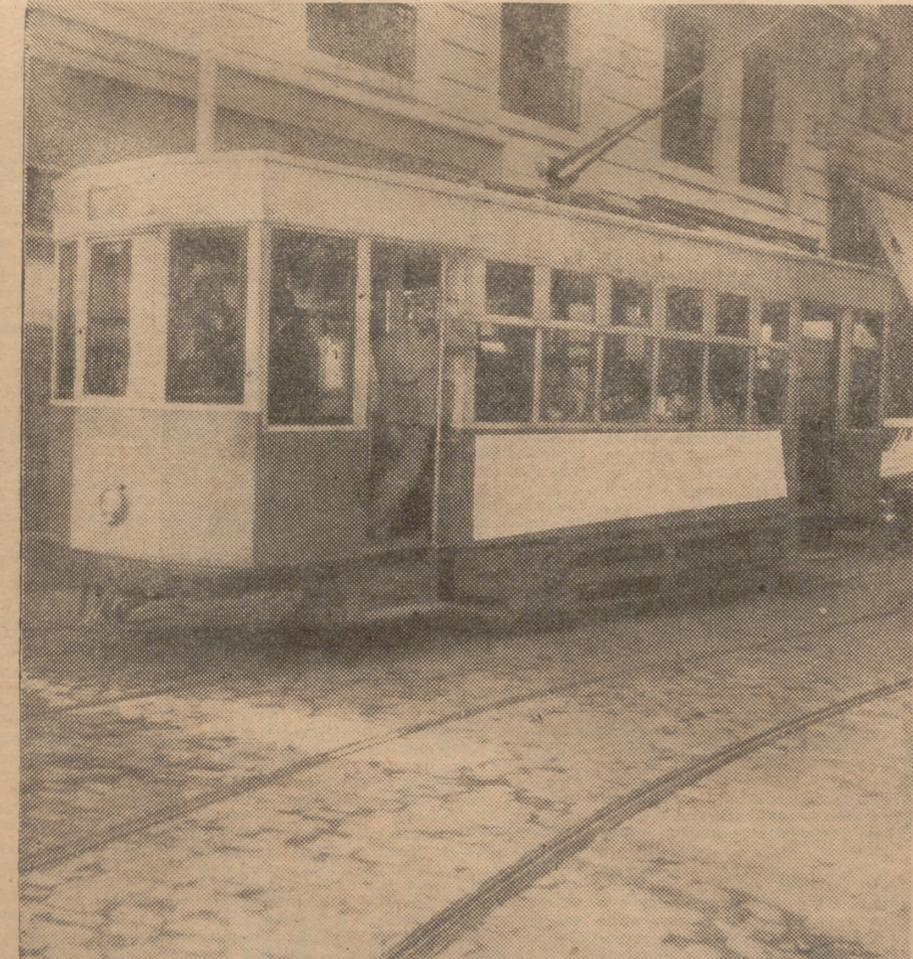
—¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Cuando llega la época de guar-

María Pura RAMOS



Perfectamente comprensiva la actitud de este vecino. ¡La radio, las "chachas" sinfónicas y el llanto de un niño acaban siempre con el buen humor de cualquiera! (Foto Guillén.)



He aquí el montón sonoro de chatarra que rugie diariamente por esas calles de Madrid. (Foto Guillén.)



EL LLADAVER QUE HABLO

Por
Richard
Ellington

Me dirigí al cuarto de baño, abrí de pronto la puerta y miré hacia su interior. Tampoco había allí nadie. Abrí acto seguido el armario, con idéntico resultado. Dejé la cama para lo último. Nadie estaba escondido debajo de ella. Unas gotas de sudor aparecieron en mi rostro. Me puse en pie, evitando a propósito los ojos de Marge, y examiné detenidamente el dormitorio. Con excepción del jarrón roto en el suelo, todo estaba como por la mañana. La cama seguía sin hacer, y una de las ventanas estaba abierta unas seis pulgadas.

—¿Qué te parece?—preguntó Marge en voz baja nerviosa.

—Fruncí el ceño pensativamente.

—Que me aborquen si lo entiendo.

Ella dió un paso hacia mí.

—¿No puede existir algún pasadizo secreto o alguna habitación oculta?

Paseé mis ojos por las paredes, y dije sarcásticamente:

—Eso se acabó con "El Gato y el Canario".

—Pero es posible, Steve. De otra forma, ¿cómo te explicas...?

—Está bien—la interrumpí—. Si existe una habitación secreta, no será difícil encontrarla.

Cinco minutos después había examinado detenidamente el cuarto de baño, el armario y el dormitorio. Todas las paredes estaban estucadas.

Incluso las golpeé suavemente, como hacen en las películas. No había en ellas ninguna hendidura, ni sonaron a hueco. Apagamos la luz del dormitorio, volvimos a la sala y repetimos la operación. Marge me miraba fijamente, pareciendo cada vez más nerviosa con mi fracaso. Cuando terminé, me volví hacia ella y le dije:

—Bueno, ¿estás satisfecha?

Ella movió la cabeza rápidamente.

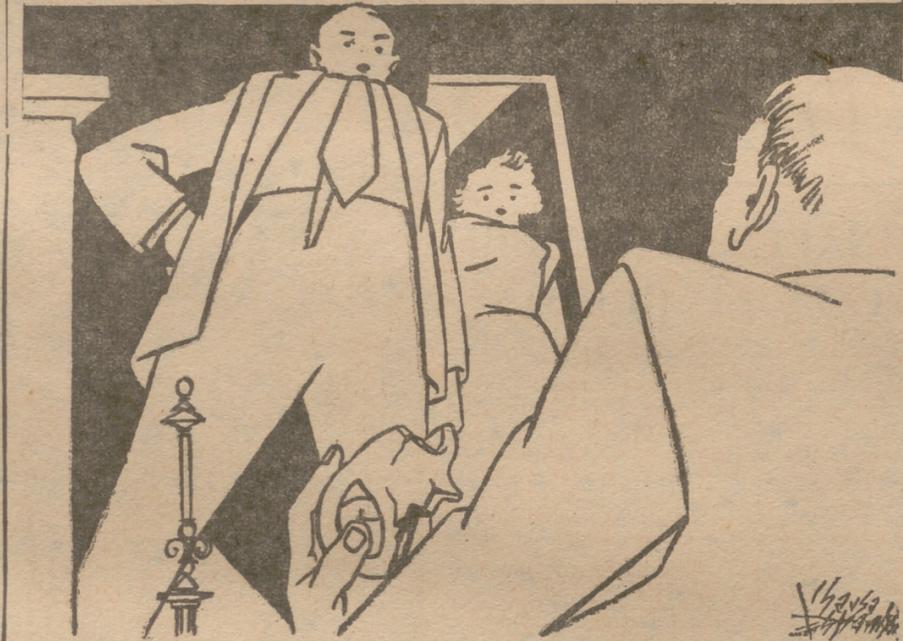
—No estoy nada satisfecha, y tengo mucho miedo. Le parece que esta casa está hechizada. Vámonos de aquí.

Por un instante creí que trataba de bromear, de reírse del caso, pero una mirada a su rostro me hizo cambiar de opinión; creía lo que había dicho. Yo tampoco estaba muy tranquilo. Recordé lo que me había sucedido aquella mañana, y no hacía más que mirar la mecedora vacía. Estaba entonces silenciosa, tan inmóvil como tienen que estar los muebles. Me fijé en que se había vuelto a levantar el viento que hacía ondular y crujió las cortinas blancas de la ventana abierta. La vieja casa estaba silenciosa. Asentí con la cabeza a Marge, di unos pasos hacia la puerta de salida, y entonces di unos pasos furtivos en el rellano de la escalera. Marge se llevó su mano a la boca. Di un salto hacia la puerta y la abrí.

Era Dan Wiley. Casi cayó dentro de la habita-

ción al abrir la puerta. Su rostro pálido estaba aterrado. Emitió unos sonidos incoherentes, se incorporó con rapidez y me miró. Su respiración salía como el aire de un neumático pinchado, y jadeaba.

—Verá: sabía, naturalmente, que la anciana señora Vogelmeir estaba muerta. Y hace un rato los oí a ustedes aquí, los oí tirar algo. Bajé y llamé a la puerta, pero supongo que no querían ustedes...



—¿Qué hace usted aquí?

—Buscando caracoles—dije desabridamente.

Wiley se pasó la mano por la frente y trató de sonreír.

—No quería decir... Por un momento pensé... Me han dado susto de muerte—terminó con sencillez.

Su sonrisa se acentuó al ver a Marge detrás de mí, y la saludó con la cabeza. El sabía lo que era una mujer bonita cuando veía una. Marge no le devolvió el saludo. Se limitó a seguir mirándolo.

—¿Qué es lo que usted creyó?—pregunté.

—Nosotros no hemos tirado nada.

—Pero yo he oído...

—También nosotros. Estábamos abajo.

El miró por encima de mi hombro, y sus ojos recorrieron la habitación.

—¿Qué ha sido?

Señalé con la cabeza el dormitorio.

—Ha sido un jarrón que debía de estar en la chimenea. Alguien lo ha tirado al suelo.

—¿Quién?

—No lo sé. Oímos el ruido y salimos al rellano

del piso de abajo. Nadie salió de este departamento ni bajó por la escalera. Le oímos salir de su departamento, llamar a la puerta y, al no obtener respuesta, volver a subir.

—Entonces, ¿decidieron subir ustedes?—en su voz se reflejaba cierta admiración.

—Sí. La puerta estaba cerrada. Soy detective particular, y tengo llaves maestras. Así es como hemos entrado. No había nadie aquí, y no es posible que nadie saliera sin que lo viésemos. Me callé para que comprendiera el sentido de mis palabras.

El miró a Marge y después volvió a mirarme a mí. Algo pareció sucederle a sus piernas, y se apoyó contra el quicio de la puerta. Su rostro se contrajo. Estaba más blanco que el papel.

—¿Está usted seguro de que no había aquí nadie?—preguntó con voz ronca.

—Completamente seguro.

—Es esta maldita casa—murmuró—. Tiene que ser la casa.

—¿Ha oído usted algo antes? ¿Ha observado algo extraño en ella?—él asintió en silencio.—¿Qué?—pregunté.

El hizo un vago ademán con la mano.

—He oído ruidos, ruidos que no puedo explicar.

—Pero ¿ha visto usted algo?

—No.—Miró a Marge.—Y usted, ¿ha visto algo?

El rostro de Marge reflejó sorpresa, y miró por el rabillo del ojo a la mecedora. Antes de que ella pudiese contestar, dije rápidamente:

—¿Por qué iba a ver ella algo?

—Creí que si vivía abajo podía haberlo visto.

—Ella no vive abajo.

—¿No?—Wiley enarcó ligeramente las cejas.—Pero yo creí... Usted dijo que estaban...

—Estábamos en el departamento debajo de éste, pero ella no es la señorita Roundtree.

—Soy una amiga de la señorita Roundtree—añadió Marge rápidamente.

—¡Ah! Comprendo...—Wiley frunció el ceño y miró nuevamente a su alrededor. Parecía buscar a alguien.

—La señorita Roundtree ha desaparecido—dije.

El me miró como si no hubiera comprendido lo que acababa de decir. Después tragó saliva y repitió:

—¿Desaparecido?

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buzo".)

NORTEAMERICA EN LA III BIENAL.

Entre la variedad de alicientes con que cuenta el certamen hispanoamericano, próximo a inaugurarse en Barcelona, destaca la exhibición de más de 130 lienzos debidos a los más avanzados pintores norteamericanos de la actualidad. Esta participación norteamericana tiene un gran interés, pues no son solamente la calidad de las firmas las que lo hacen interesante, sino el concepto que preside la selección que ha sido realizada en Estados Unidos. La casi totalidad de las telas expuestas están bajo un signo abstracto. Norteamérica, estéticamente, ha elegido el abstractismo como medio de expresión. Dijimos en una ocasión—con motivo de la reciente Exposición de pintura nor-

Noticia y crítica de ARTE

teamericana celebrada en Madrid, siglo XIX y primera mitad del XX—, que toda la pintura de Estados Unidos tenía o como definición el constituir una réplica de los movimientos europeos. Y así su nacimiento tiene—lógicamente—una raíz inglesa en pensamiento y en ejecución, bien en los retratos de los primeros plutócratas, hasta en los paisajes a los Constable. La pintura

—aunque existe algún caso aislado, como Carles—, no ofrece una originalidad tan fuerte como en literatura brinda Allan Poe. Tras lo que se pudiera llamar época victoriana de la pintura norteamericana, viene arrolladoramente el triunfo de los pintores impresionistas. Viene en cuanto la posibilidad de los viajes hace que sea Francia meta del turismo norteamericano. Todas las facetas impresionistas desde Renoir—uno de los más proferidos—hasta Sisley, tienen en Norteamérica entusiastas seguidores. Cada nombre impresionista, y luego fauvista, tiene abundante muestrario—algunos excelentes—en la pintura norteamericana. El movimiento europeo se sigue trasladando a las ciudades de la Unión con una constancia verdaderamente ejemplar. Decíamos por entonces que si algún país estaba ya obligado a inventar algo en arte, ese país era Norteamérica. Hay que esperar de él una contribución estética que sea consecuencia del poderío industrial, y decíamos que si alguna escuela podía tener legítimo punto de origen en algún país sería el abstractismo la que mejor encuadraba en una nacionalidad que persiguiera en otros caminos poder ofrecer al hombre nuevas ventanas donde asomarse. Pero se daba el caso curioso de que los diferentes—cada día más acusadamente—movimientos abstractos, tan divididos en escuelas como puede estarlo toda la pintura apariencialista, tenían su nacimiento en la vieja Europa. Desde Kandisky a Moore, una larga teoría abstracta invade las nuevas rutas de la pintura; pero esta participación que figura en la III Bienal viene a demostrar que si bien la práctica abstracta sigue pujante en Europa, en Norteamérica parece ser el único lenguaje que han elegido los artistas. Este muestrario, que ha de figurar en el certamen de Barcelona, así lo demuestra, a tal grado, que parece que Norteamérica ha elegido ya el camino definitivo de su estética. Bien es verdad que allí,

como aquí, existen voces que se oponen a esa avalancha de lo que tendrá historia del arte en singular.

—desterrar de la plástica todo signo realista, y es en Norteamérica su más característico representante Heming Fry, luchador incansable en revistas y libros, que cree que esa posición "extrema" del arte significa el fin del arte mismo. Su libro último, "Sobre la Belleza", es el alegato más fuerte que se ha hecho contra la posición adoptada últimamente por los artistas norteamericanos. Pero parece que el éxito no ha acompañado a sus batalladoras páginas, ya que la actitud, bien determinada en Barcelona, es justamente todo lo que Fry—con argumento azar inocente—combate a sangre y fuego literario.

una morfología estética propia que viene de una geografía que tendrá historia del arte en singular.

JOSE PLANES Y ELENA FORTUN.—En la pausa del verano, fuera del agobio inmediato de las exposiciones, llegan noticias más o menos importantes, y una que nos complace destacar es la escultura que recogerá la imagen de Elena Fortún, cuya realización se ha encomendado a José Planes. La complacencia estriba esta vez, más que en la consecuencia estética, que en la apropiada, en el motivo que inspira a la realización. Se pretende con este busto, que será emplazado en el paseo de Rosales, honrar la memoria de una mujer que dedicó el afán de cada día a crear a los niños un mundo feliz. La idea es excelente y no muy frecuente de encontrar en el país. Con ella se pretende honrar la memoria de una firma que hizo una bella literatura infantil. Estamos en tiempos, malos tiempos, para los niños. Aquellas bibliotecas de nuestra pasada o d a d—"Corazón", "Robinson Crusoe", "Las tardes de La Granja", el inefable "Juanito", etcétera, etc.—se han visto sustituidas por unos horribles folletos escritos en una jerga extraña que muy poco tiene que ver con el castellano y del que pueden ser ejemplo las "series" tituladas "F. B. I.", "Oeste", C. I. A. y otros engendros parecidos, en donde se exalta y enaltece a unas figuras desprovistas de humanidad, se les da calidad de héroes y se crea un mundo

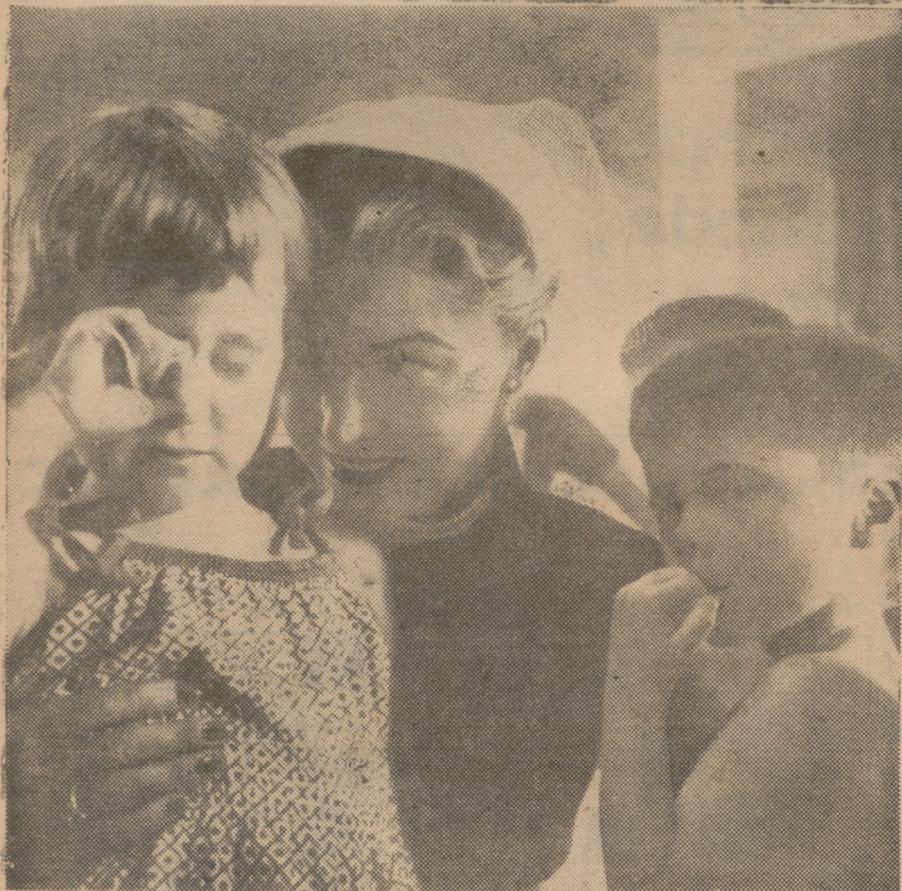
espantoso en donde toda estupidéz tiene su asiento. Hay cualquier niño que sabe perfectamente la conquista de Arizona o la orografía del Far West mejor que la acción de los conquistadores españoles en América. Los revólveres "Colt", las "asechanzas" de los indios, y los "gang", y los "gum", son conceptos bien sabidos por la infancia, que se ha olvidado de Pinocho y Chapete—ahora desconocidos—, para nacer bajo el imperio del F. B. I., excelente institución, pero que nada debe importar a la infancia. Con estas "serie" los niños de hoy están al día de la venta de estupefacientes y saben los efectos de la cocaína y de la marihuana, si no se los lleva por otros caminos peores. Se impone una fuerte censura para desterrar de las mentes de la infancia un ambiente y un mundo feos y mentirosos y hacerles volver los ojos al buen "T B O" de nuestros pasados años, pues el mal puede ser mucho mayor de lo que podemos imaginar, y no es el peor contemplar cómo palabras, gros, costumbres, etc., se imponen en unas mentes que no tienen a su servicio una literatura capaz de hacerles amar héroes nacionales y, sobre todo, inculcarles un espíritu cristiano. Los niños conocen mejor los matrimonios de prisa y corriendo delante de un pastor que la solemne ceremonia religiosa de su viejo país. Pero este caso nos llevaría mucho más lejos que nuestro propósito de hoy: dar cuenta de que un grupo de gentes de buena voluntad se ha acordado de Elena Fortún, la hija del que fue buen dramaturgo Eusebio Gorgea, para afirmar que ni Celia ni Cuchifritán han quedado perdidos en el tiempo, sino que siguen teniendo vida propia. Y ojalá pronto, cuando el buen quehacer de José Planes acabe la escultura, en el paseo de Rosales de nuestra infancia veamos a unos niños con breves ramos de flores ofrendándolos al busto de Elena Fortún, a igual que los vimos una vez frente a la imagen en piedra de Andersen, que sonreía desde su pedestal con esa sonrisa que sólo tienen los que dedicaron su vida a que los niños pudiesen soñar, acaso sabiendo que esos sueños son el mejor refugio cuando las cosas del mundo se nos ponen mal.

M. SANCHEZ-CAMARGO



"Pegueña guirromántica", óleo por Juan Guillermo.

MUNDO Ligero



EL ADIOS El bosque y el mar son los dos primeros misterios que se presentan ante la mente del niño. Pero por el bosque y el mar puede penetrar el niño y develar ese misterio que luego se le presenta lleno de encantos. Y el niño, entonces, ama al bosque y al mar. Ambos están llenos de resonancias y con los seres infantiles son buenos y acogedores, y sólo les muestran la cara del color, de la luz, de la alegría, y el bosque les acoge en su umbría y el mar les abraza con sus olas. Los gnomos que pueblan el bosque son amigos de los niños, y las sirenas que reposan en el fondo del mar les arrullan con sus cánticos. Por eso estos niños lloran y contemplan melancólicos el mar, al decirle adiós al final del verano.



EL ENCUENTRO Pero las lágrimas en el rostro de un niño son aún más efímeras que las gotas de rocío sobre una flor. Y la luz de una sonrisa feliz vuelve a brillar de nuevo espontáneamente en sus caras. A la felicidad de esta niña ha contribuido el encuentro con su amiguito de las horas de invierno. El gato no ha disfrutado de los encantos del verano y por eso está un poco enfurruñado. Ella no le ha olvidado y le cuenta cómo eran las mañanas de oro sobre la playa y el mar azul; cómo éste sonreía en la cresta de una ola al ver avanzar hacia él su cuerpo moreno y cómo el rubio de sus cabellos, reposando sobre la playa, era un montículo más de arena dorada.

La vuelta está llena de arrugas. Se abandona algo atrás; algo que volverá, pero más viejo, con otros años a sus espaldas y, desde luego, con distinta ilusión. Poco a poco los veraneos dejan de ser propios para convertirse en los veraneos de los que nos adelantan por la vida: nuestros hijos, los hijos de nuestros amigos. En cada una de estas periódicas escapadas vamos abandonando un recuerdo. Al final, nuestro paisaje podrá contemplarse solamente mirando hacia atrás.

Sacamos la ropa de la maleta como pueden sacarse esos fósiles que conservan, petrificadas, huellas de otros años. Las arrugas de la ropa son algo más que esto; son la protesta por abandonar lo que fueron unos días sin ayer ni mañana. Unos días en los que lavamos nuestras preocupaciones en el mar, dejando que se las llevase la corriente. Las espumas de las olas, tan blancas, semejaban como si las preocupaciones se hubiesen ahogado en ellas y flotasen entre dos aguas, dejando fuera sus barbas, porque las preocupaciones son siempre viejas. Nosotros, en cambio, fuimos jóvenes otra vez durante el veraneo, porque para nosotros, mágicamente, no contó el calendario. Contó apenas la fecha en que el calendario volvería a contar. El tiempo nos da, de esta manera, su gran lección de que todo acaba en la vida, pero nos concede un plazo. Dar plazos a la felicidad es, realmente, el único modo posible de ser feliz.

La ropa nos sienta mal, nos da un aire distinto, precisamente porque está hecha a otro aire: el aire de los grandes horizontes, de los pinos y de las orquestas que tocan junto a la bahía. Fueron las luces de la bahía las últimas que vimos al partir. La ropa no pudo hacerlo porque estaba encerrada en la maleta. Como si sólo así—encerrada—pudiéramos llevárnosla.

Ahora ha salido a un aire nuevo: el aire largo de la ciudad y el trabajo. Llena de arrugas, diríase que durante el viaje ha envejecido de nostalgia.

(Dibujo de Goñi.)

M. P. A.



EL RECUERDO Cada población que visitamos se queda con un trozo de nuestro corazón. Quizá por eso dicen que partir es morir un poco, porque dejamos en el lugar que abandonamos parte de nuestra vida. A la hora de la partida son las nostalgias, los suspiros y el querer aprisionar el paisaje en una mirada para grabarlo para siempre en el fondo de nuestra alma. Esta señorita parece no confiar mucho en la fidelidad de su recuerdo y por eso se lleva en su bolso una estampa de París. La estampa tiene un fondo de terciopelo negro que es sobre el que se colocan los recuerdos de lo que ha huído de nuestro lado. Pero como nada hay eterno en este mundo, si el recuerdo se borra de nuestras mentes, tampoco aprisionado sobre terciopelo va a tener la duración que, indudablemente, esta mujer desea y que merece una ciudad como París. Por eso, nos permitimos aconsejarla que la mejor manera de hacer perdurables los recuerdos, es no abandonar las personas, los lugares y las cosas que pueden suscitarlos. Y si París bien vale una misa, como dijo aquel Rey nostálgico de sus encantos, ahora que éstos han aumentado, más merecerá quedarse dentro de él que llevarse un trozo urbano sobre el terciopelo de un bolso. Y, por otra parte, París también sentirá la ausencia de esta mujer que fué, por unos días, ornato de sus calles.